

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

1^a y 2^a
PEDRO

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

1^a y 2^a
PEDRO



editorial clie

Samuel Pérez Millos, Th.M.

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
Internet: <http://www.clie.es>

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
1ª y 2ª PEDRO**

Copyright © 2018 Samuel Pérez Millos

Copyright © 2018 EDITORIAL CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN: 978-84-16845-46-0

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Impreso en USA / *Printed in USA*

Depósito Legal: B 11188-2018

Clasifíquese:
REL006070
Comentarios bíblicos
Nuevo Testamento
Referencia: 225028

DEDICATORIA

Dedico este libro a: Iván, Julián, Dani, María, Nate, Eli, Benjamín y Sara, jóvenes profesionales en su vida secular, comprometidos firmemente con el ministerio en la Iglesia Unida de Vigo, que cada sábado se reúnen conmigo en casa para estudiar más profundamente la Palabra y la Teología Bíblica, formándose más para servir mejor. Una generación preparada que mantendrá la iglesia en la exclusiva verdad de la Escritura.

ÍNDICE

I PEDRO

Prólogo	13
Capítulo I.	21
Estilo de vida en la gracia.	21
Introducción	21
Introducción general.	22
Las epístolas universales.	23
Canon.	23
Hermenéutica de las epístolas generales.	26
Aspectos generales de inspiración.	28
Aspectos generales de revelación.	29
Interpretación literal.	30
Introducción especial a la primera epístola de Pedro.	32
Generalidades.	32
La epístola en la iglesia primitiva.	32
Autor.	34
Destinatarios.	37
Evidencias internas.	37
La crítica de autoría.	38
Las persecuciones.	39
Referencias personales en el escrito.	42
Dependencia paulina.	42
La alta calidad del idioma.	45
Lugar y fecha de redacción.	46
Teología de la Epístola.	47
Soteriología.	48
Eclesiología.	48
Escatología.	49
Espíritus.	50
Santificación.	50
Trinidad.	51
Fuentes bíblicas.	51
Tema.	52
Texto griego.	53
Familias textuales.	54
Testigos textuales.	55
El Textus Receptus.	57
El texto griego de la Epístola.	58
Calidad del texto de 1 Pedro.	58

Texto griego refundido.	58
Referencias a los textos griegos para la epístola.	60
Aparato crítico.	60
Interlineal.	65
Análisis del texto griego.	65
Aparato crítico del texto griego.	65
Otras precisiones sobre el texto griego.	66
Versiones castellanas para el estudio.	66
Bosquejo.	68
Exégesis de la Epístola.	70
Introducción.	70
I. Saludos (1:1-2).	72
Remitente y destinatarios (1:1-2).	72
II. Gracia en Salvación (1:3-2:10).	91
Seguridad de salvación (1:3-12).	91
Preservada por el poder de Dios (1:3-5).	91
Probada por el sufrimiento (1:6-9).	103
Anunciada por los profetas (1:10-12).	113
La vida en la salvación (1:13-25).	121
Demanda santidad (1:13-16).	121
Demanda respeto reverente (1:17-21).	131
Demanda amor (1:22-25).	150
Capítulo II.	165
Viviendo como conviene a santos.	165
Introducción.	165
Crecimiento en la salvación (2:1-3).	167
Lo que debe dejarse (2:1).	167
Lo que debe buscarse (2:2-3).	172
Posición en la salvación (2:4-8).	176
Edificio y sacerdocio (2:4-5).	176
Confirmación de la Escritura (2:6-8).	192
Una nueva posición (2:9-10).	199
III. Gracia en la ética (2:11-3:12).	206
Sumisión a los gobernantes (2:11-17).	206
Demandas de comportamiento (2:11-12).	206
Sujeción a las instituciones (2:13-17).	213
Relación en el servicio (2:18-25).	223
Demanda de sumisión (2:18-20)	223
El ejemplo supremo (2:21-25).	228
Capítulo III.	243
Hogar, relación y sufrimiento.	243

Introducción.	243
Comportamiento en la familia (3:1-7).	245
Demandas para las esposas (3:1-6).	245
Demandas para los maridos (3:7).	260
Comportamiento entre creyentes (3:8-12).	266
Desarrollo de las demandas (3:8-9).	266
Razón de las demandas (3:10-12).	272
IV. La gracia en el sufrimiento (3:13-4:19).	280
Causas del sufrimiento (3:13-4:19).	280
Sufrimiento por causa de la justicia (3:13-14).	280
Defensa en el sufrimiento (3:15-17).	288
El ejemplo supremo (3:18-22).	295
Capítulo IV.	319
Adversidades, servicio y gozo.	319
Introducción.	319
Valorando el sufrimiento (4:1-6).	321
Vida conforme a la voluntad de Dios (4:1-2).	321
El tiempo pasado (4:3).	327
Contradicción del mundo (4:4-6).	330
Reaccionando en el sufrimiento (4:7-19).	335
Comportamiento hermanable (4:7-11).	335
La gloria del sufrimiento (4:12-14).	348
El testimonio en el sufrimiento (4:15-16).	354
El juicio divino (4:17-18).	357
La pauta en el sufrimiento (4:19).	361
Capítulo V.	367
Sirviendo y viviendo en la gracia.	367
Introducción.	367
V. La gracia en el servicio (5:1-11).	369
Deberes eclesiales (5:1-9).	369
Demandas a los ancianos (5:1-4).	369
Demandas a los jóvenes (5:5).	383
Demanda a la humildad (5:6-7).	387
Demanda a la sobriedad (5:8-9).	391
Doxología (5:10-11).	395
VI. Despedida y bendición (5:12-14).	401
Tema de la Epístola (5:12).	401
Saludos (5:13).	403
Exhortación y bendición (5:14).	405

II PEDRO.

Capítulo I.	411
Vida en la fe.	411
Introducción.	411
Introducción general.	412
Introducción especial.	412
Generalidades.	412
La epístola en la iglesia primitiva.	413
Autor.	415
Destinatarios.	415
Evidencias internas de autoría.	416
La crítica de autoría.	417
Los falsos maestros de 2 Pedro.	419
Dependencia de la Epístola de Judas.	419
Diferencias de estilo.	421
Datación y lugar de redacción.	422
Teología de la Epístola.	422
El griego de la Epístola.	423
Bosquejo.	424
Introducción.	425
I. Introducción (1:1-2).	427
Saludo (1:1-2).	427
II. Vida en la fe (1:3-21).	437
Promesas y virtudes (1:3-11).	437
Promesas (1:3-4).	437
Virtudes (1:5-7).	443
Desarrollo de la vida de fe (1:8-9).	448
La seguridad (1:10-11).	452
La Palabra y sus efectos (1:12-21).	458
Recordando la doctrina (1:12-15).	458
Testigos oculares (1:16-18).	464
La autoridad de la Escritura (1:19-21).	473
Capítulo II.	481
Los falsos maestros.	481
Introducción.	481
III. Peligros para la vida de fe (2:1-22).	484
Los falsos profetas (2:1-3).	484
La acción (2:1).	484
Prácticas perversas (2:2-3).	490

La condenación de los falsos profetas (2:4-9).	494
El ejemplo de los ángeles (2:4).	494
El ejemplo del diluvio (2:5).	498
El ejemplo de Sodoma y Gomorra (2:6).	499
La aflicción del creyente (2:7-9).	501
Características de los falsos profetas (2:10-22).	505
La condición (2:10a).	505
Difamadores (2:10b-11).	507
Blasfemos (2:12).	510
Pecaminosos (2:13-14).	511
Extraviados (2:15-16).	516
La condenación (2:17-22).	519
Capítulo III.	535
El futuro.	535
Introducción.	535
IV. El futuro (3:1-18).	537
El día del Señor (3:1-13).	537
Recordatorio (3:1-2).	537
Incredulidad y desprecio (3:3-4).	540
Ignorancia voluntaria (3:5-7).	544
Paciencia divina (3:8-9).	549
Disolución de la creación (3:10).	554
Vida en la esperanza (3:11-13).	557
V. Expectación y conclusión (3:14-18).	565
Expectación (3:14-16).	565
Vida en esperanza (3:14).	565
Conocimiento (3:15-16).	567
Conclusión (3:17-18).	572
Demandas (3:17).	572
Atención y crecimiento (3:18a).	574
Doxología. (3:18b).	576
Bibliografía.	579

Para el comentario del pasaje, se sigue la división temática establecida en el *Bosquejo* que aparece en la *introducción*, como sigue:

I. Saludos (1:1-2).

1. Remitente y destinatarios (1:1-2).

II. Gracia en salvación (1:3-2:10).

1. Seguridad de salvación (1:3-12).
 - 1.1. Preservada por el poder de Dios (1:3-5).
 - 1.2. Probada por el sufrimiento (1:6-9).
 - 1.3. Anunciada por los profetas (1:10-12).
2. La vida en la salvación (1:13-25).
 - 2.1. Demanda santidad (1:13-16).
 - 2.2. Demanda respeto reverente (1:17-21).
 - 2.3. Demanda amor (1:22-25).

Saludos (1:1-2).

Remitente y destinatarios (1:1-2).

1. Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia.

Πέτρος ἀπόστολος Ἰησοῦ Χριστοῦ ἐκλεκτοῖς παρεπιδήμοις
 Pedro, apóstol, de Jesucristo, a elegidos extranjeros
 διασπορᾶς Πόντου, Γαλατίας, Καππαδοκίας, Ἀσίας καὶ
 de dispersión de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y
 Βιθυνίας,
 Bitinia.

Análisis y notas del texto griego.

Análisis: Πέτρος, caso nominativo masculino singular del nombre propio *Pedro*; ἀπόστολος, caso nominativo masculino singular del nombre común *apóstol*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; ἐκλεκτοῖς, caso dativo masculino plural del adjetivo declinado *a elegidos*; παρεπιδήμοις, caso dativo masculino plural del adjetivo *extranjeros*, *refugiados*, *residentes temporales*; διασπορᾶς, caso genitivo femenino singular del nombre común *de dispersión*, *de diáspora*; Πόντου, caso genitivo masculino plural del nombre propio declinado *de Ponto*; Γαλατίας, caso genitivo femenino singular del nombre propio *Galacia*; Καππαδοκίας, caso genitivo femenino singular del nombre propio *Capadocia*; Ἀσίας, caso

genitivo femenino singular del nombre propio *Asia*; καὶ, conjunción copulativa y; Βιθυνίας, caso genitivo femenino singular del nombre propio *Bitinia*.

Πέτρος ἀπόστολος Ἰησοῦ Χριστοῦ. El autor se presenta usando para ello el nombre griego que traduce la palabra aramea *Kefas*, piedra, roca, impuesto al pescador Simón por Jesús mismo, cuando le fue presentado por su hermano Andrés (Mt. 4:18; Jn. 1:42). Este calificativo expresa el carácter del apóstol, de firmeza y estabilidad. Acaso no tanto durante el tiempo del ministerio de Jesús, pero sí luego de su rehabilitación después de haberle negado. El nombre *Kefas*, o *Cefas*, es usado por el apóstol Pablo en varias ocasiones para referirse al apóstol Pedro. Sobre aspectos de su persona y pinceladas biográficas, se ha escrito antes en el apartado de *introducción*, por lo que no es necesario repetirlo aquí.

Junto con el nombre del escritor aparece su condición, ἀπόστολος, *apóstol*. Este don fue otorgado por Cristo mismo a quienes había escogido de entre los discípulos, para que estuviesen con Él y a quienes delegó Su autoridad para establecer las bases doctrinales para la iglesia, como estructura levantada sobre el único fundamento en que se edifica que es Cristo (Ef. 2:20). Pedro pertenecía al grupo de los Doce, a los que el Señor mismo llamó apóstoles (Lc. 6:12-16). En todas las listas en que se relacionan, Pedro aparece en primer lugar (cf. Mt. 10:1-4; Mr. 3:13-19; Lc. 6:12-16). Mateo antepone *primero*, delante del nombre de Pedro. Es nombrado siempre en primer lugar, porque era como el portavoz de los demás en las grandes ocasiones (por ej. En Mt. 16:16; Jn. 6:68). Sin embargo, esto no le confería ningún poder o autoridad sobre los demás, ni era señal de ningún primado concedido a él, sobre el colegio apostólico o la iglesia. El apostolado, en el sentido y condición de Pedro y sus otros compañeros, incluido Pablo, es únicamente concedido a ellos, como regalo divino a la Iglesia. Estos son los que establecen el *fundamento doctrinal*. Es una provisión que Cristo hace, y es una operación trinitaria que la ejecuta (1 Co. 12:4-6). Los dones son dados soberanamente a cada creyente por el Espíritu Santo (1 Co. 12:4). El apóstol Pablo enseña que “*hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo*”, es decir, todos los dones proceden del Espíritu. Es la tercera persona divina quien los reparte a cada creyente, obrando soberanamente en esto (Hch. 2:4). Como Vicario de Cristo conoce las necesidades de la Iglesia en cada momento y distribuye los dones soberanamente conforme a Su omnisciencia. En este caso concreto, está dotando al hombre con el don de apóstol para el ministerio fundacional de la Iglesia. Pero, junto con el Espíritu, está también la obra del Hijo (1 Co. 12:5). En el Nuevo Testamento se aprecia que “*hay diversidad de ministerios*”. Ministerio

es el servicio a las órdenes de un dueño. Cristo es Señor, porque también es Cabeza sobre todo en la Iglesia (Ef. 1:22-23). Como Cabeza todos los ministerios dependen de Él y todos los ministros, en el ejercicio del ministerio, tienen el mismo Señor: “*Pero el Señor es el mismo*”. Siendo todos siervos y teniendo todos el mismo Dueño, no caben distinciones entre ellos. Pero, además de ser obra del Hijo, la es también del Padre, ya que “*hay diversidad de operaciones*” (1 Co. 12:6), en el sentido de que hay poder para operar con los dones. El verbo expresa la idea de una dotación de poder que capacita para la acción. Estas operaciones son tantas como los dones que han de hacerse operativos: “*Pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el mismo*”, de modo que el poder para actuar y servir con los dones es otorgado por el Padre, como don de la gracia, ya que de Él viene todo don perfecto y toda buena dádiva (Stg. 1:17). Es el Padre quien produce soberanamente el deseo de servir y da el poder para hacerlo (Fil. 2:13). Las obras poderosas de Cristo, eran el resultado de la operación del Padre en Jesús (Jn. 14:10). Entre los dones está el de *apóstol*, indicándose en el Nuevo Testamento que Dios dio *primero apóstoles* (1 Co. 12:28). Este término en plural se refiere al *colegio apostólico* de los Doce, incluidos Matías y Pablo, este último como apóstol especialmente llamado y enviado a los gentiles. No cabe duda que el término *apóstol* tiene también el sentido genérico para aludir a quien es enviado en alguna misión. En este sentido se llama *apóstol* a Epafrodito, como enviado de la iglesia en Filipos para llevar una ofrenda de amor y comunión al apóstol Pablo (Fil. 2:25), pero en el sentido específico comprende solo a los Doce y a Pablo. Sólo ellos recibieron el don y sólo ellos fueron acreditados con señales específicas (2 Co. 12:12). Éstos son a quienes se llama *santos apóstoles* (Ef. 3:5), receptores de la revelación de Dios, para poner de manifiesto el *misterio* oculto desde siglos. Entre ellos está el autor de la *Epístola*, que se presenta como *Pedro*. Como se dijo antes, el don es otorgado para establecer las bases doctrinales de la Iglesia, lo que es el *fundamento apostólico*, y para la escritura del Nuevo Testamento, por tanto, en ese sentido este don no está operativo hoy, porque su ministerio ha concluido.

El apostolado de Pedro no era otorgado por los hombres, sino que procedía directamente de Jesucristo. La construcción en genitivo establece directamente esa relación, Pedro era un apóstol de Jesucristo. Es interesante el uso de los dos títulos, separados entre sí en el texto griego, *Jesús y Cristo*. Es el apóstol que el Salvador, cuyo nombre es Jesús, envía para proclamar el evangelio a todas las naciones, en cuya autoridad puede escribir sobre la gracia y sus manifestaciones salvadoras. Pero, también es enviado en el nombre del Mesías, esperanza para los creyentes, que está revestido de la suprema autoridad divina para

ejercerla en cielos y tierra, cuyo nombre hace que toda rodilla se doble y lo reconozca como Señor (Fil. 2:9-11). Es en nombre del Salvador que es también el Rey de reyes y Señor de señores, que Pedro escribe, por lo que han de ser tenidas cada una de sus palabras como de procedencia divina, aunque escritas por un hombre, para que sean respetadas, meditadas, reconocidas y obedecidas. Los apóstoles hablaban y escribían en el nombre del Señor, de ahí que puedan afirmar en sus escritos: “*Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor*” (1 Co. 14:37). Quiere decir esto, que cuanto sigue en el escrito reviste la autoridad de Cristo mismo y cada una de las palabras ha sido *inspirada* por el Espíritu Santo (2 Ti. 3:16).

ἐκλεκτοῖς παρεπιδήμοις διασπορᾶς Πόντου, Γαλατίας, Καππαδοκίας, Ἀσίας καὶ Βιθυνίας, Inmediatamente de la identificación del remitente, está la de los destinatarios, a quienes llama *elegidos*, y dice que son *extranjeros de la dispersión*. Es interesante notar que ἐκλεκτός, no es aquí un participio pasivo, sino un adjetivo verbal. El acento de la palabra se usa para destacar la condición de los destinatarios, diciendo de ellos que son *elegidos*, esto es, objeto de la elección divina (cf. Mt. 22:14). Este término está en el principio de la frase condicionando lo que sigue. Alguna versión la sitúa al final abriendo con ella el versículo siguiente, posiblemente para establecer una relación directa con la *presciencia de Dios*.

La elección ha de distinguirse claramente de la *predestinación*. Este último término, tanto en su condición de sustantivo como en sus muchas formas verbales, está aplicada en el Nuevo Testamento a creyentes y nunca a inconversos. La elección divina es un concepto no muy bien entendido, sin duda siempre difícil, al que es necesario prestar atención para determinar bien su alcance.

Sin duda, el pensamiento de Dios, excede absolutamente a nuestro pensamiento, limitado y humano, pero eso no permite desconocer una doctrina que está extendida por toda la Escritura y que el mismo Señor se refirió a ella en Su ministerio. En esta *Epístola*, volverá el apóstol a referirse a ella, cuando escribe: “*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*” (2:9). Consecuentemente con la identidad temática de la Biblia, la referencia que Pedro usa aquí está tomada de la condición del pueblo de Israel en la antigua dispensación: “*Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser*

vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido...” (Dt. 7:6.7). Del mismo modo ocurre con los creyentes en el tiempo presente, como abiertamente se declara en muchos lugares del Nuevo Testamento, a modo de ejemplo este: “*Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*” (2 Ts. 2:13)¹³. Jesús mismo hizo afirmaciones que puntualizan la soberanía de Dios en salvación, a modo de ejemplo: “*Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero*” (Jn. 6:44), si bien esta verdad tiene por objeto hacer entender a los hombres que no son ellos los que se salvan procurando la salvación y esforzándose por hallarla, sino que es Dios de quien procede, ejecuta y otorga (Sal. 3:8; Jon. 2:9).

La referencia aquí a la elección de los creyentes, es una verdad enseñada por los apóstoles, como Pablo, el predicador del evangelio de la gracia escribe: “*Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo...*” (Ef. 1:4). Aunque en Pedro el término es un adjetivo y en Pablo es un verbo, no hay diferencia en cuanto a que la bendición personal de cada uno de los destinatarios es la elección en Cristo. El término tiene un sentido más teológico que semántico, que adquiere la condición de un *concepto bíblico* y significa *escoger, elegir, seleccionar*. En el Nuevo Testamento el aspecto de elección revela el acto divino que se hace en los hombres, tanto judíos como gentiles, para el llamamiento de Dios a salvación y alcanzarla por gracia. La expresión lleva implícita el sentido de un afecto positivo, que elige. Debe recordarse dos aspectos en relación con ese término 1) La elección se realizó antes de la creación, o como expresa el apóstol Pablo “*antes de la fundación del mundo*”¹⁴, hebraísmo que se refiere a la eternidad. Es una expresión semejante a la que Jesús utiliza en Su oración al Padre, al referirse a la gloria que tiene como Dios, antes de la creación (Jn. 17:5) y al amor con que es amado por el Padre en la eternidad (Jn. 17:24). La misma forma es usada un poco más adelante, en la *Epístola* para referirse a la predestinación divina para Cristo en relación con la redención (1 P. 1:20). 2) La elección efectuada antes del tiempo, por tanto, antes de la creación, tuvo lugar “*en Cristo*”. Quiere decir que las bendiciones plenas de Dios, se alcanzan por una posición personal del creyente en Cristo, así también la elección. La cláusula *en Él*, no tiene el mero sentido de una persona que representa a

¹³ Ver además Jn. 15:16; Ro. 8:29-30; 1 Co. 1:27; Ef. 1:4-5; 2:10; Col. 3:12; 1 Ts. 1:4; Tit. 1:1, etc.

¹⁴ Griego *πρὸ καταβολῆς κόσμου*.

otra, lo que, en cierta medida permitiría hablar de una elección universal de todos los hombres en Cristo, sino que lo que expresan esas palabras en el contexto de la *Epístola*, es que los salvos, en la elección divina, estaban ya en Cristo. Este sentido se afirma en la utilización de la fórmula en otros muchos pasajes, lo que no se establece para entender el sentido pleno de la elección sino para enseñar que, desde el punto de vista de esa elección divina, los creyentes están incluidos ya en Cristo desde la eternidad. Los creyentes, nunca han dejado de estar en Cristo, según la voluntad y el saber de Dios. *Estar en Cristo* precede a todo, antecede a todo, por cuanto estamos en Él desde la eternidad. La bendición de la salvación es la realización en el tiempo histórico de la presciencia divina en donde se manifiesta la eterna elección y se abraza en ella al creyente. Esto da un concepto más amplio al sentido de la bendición, a saber: como bendecido por Dios en Cristo, somos ahora lo que hemos sido siempre por elección, establecida antes del tiempo. El verdadero *ser* del cristiano, supera en todo el concepto de *ser* del mundo, que resulta simplemente en la expresión de la criatura, por el contrario, el *ser* del cristiano es la expresión de una anticipación eterna. Ese es el fundamento que el apóstol Juan tiene para decir que los nombres de los creyentes están escritos en el libro de la vida del Cordero inmolado, desde la fundación del mundo (Ap. 13:8; 21:27). El libro de la vida es una expresión metafórica para referirse al conocimiento que Dios tiene del nombre de cada uno de los salvos. Este término aparece con relativa frecuencia en la Escritura (Ex. 32:32; Sal. 69:28; Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:27). Los que no están en el libro de la vida, no tendrán otro destino que la eterna condenación. Estos nombres están registrados desde antes de la fundación del mundo, lo que indica un preconocimiento divino de los salvos. El apóstol Pablo, en el detalle de la salvación en la *Carta a los Romanos*, habla de los que aman a Dios y dice: “*esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*” (Ro. 8:28).

El autor de la elección “*El Padre*”, como se considerará en el versículo siguiente (v. 2). Dios escoge a quienes serían Su *pueblo elegido* y *Su sacerdocio real* (2:9). No es posible entender las razones de la elección que como acción y pensamiento divinos excede en todo a la comprensión humana. La única acción posible ante una bendición de tal naturaleza es alabar a Dios por ello.

La elección ha sido, es y será una doctrina cuestionada. Posiblemente la dimensión del contenido y las consecuencias de la elección conducen a algunos a buscar explicaciones a la *razón* por la que Dios ha hecho esto. La verdad mencionada contiene profundas verdades y algunas son tan densas que la mente humana no llega a comprenderlas

en la dimensión necesaria para que no generen en ella conflicto de raciocinio, ya que en una lectura prejuiciada conduce a aparentes contradicciones con otras partes de la Escritura. Por tanto, será necesario hacer aquí unas sencillas reflexiones, entre ellas afirmar que *la elección* es una doctrina bíblica. La Biblia enseña la elección divina relacionada con distintos aspectos y grupos. Se enseña la elección divina de Israel (Ro. 11:5-8). Hay referencias abundantes a la elección divina de personas, profetas como Jeremías (Jer. 1:5), apóstoles, como Pablo (Gá. 1:15). La Biblia enseña también la elección divina de los creyentes en general (2 Ts. 2:13, 14; 2 Ti. 1:9; 1 P. 1:2). Esa realidad corresponde a una acción propia de Dios en el ejercicio de Su soberanía, que no se regula, rige o condiciona por leyes o actos humanos. En ocasiones el hombre, al no entender la razón de las operaciones divinas, se atreve a increpar y a discutir con Dios (Ro. 9:18-20). La *doctrina bíblica de la elección* ha sido mal entendida por “*niños espirituales*”, que son los creyentes que no han alcanzado la madurez por falta del conocimiento de la Escritura, pero debe ser estudiada por creyentes maduros para provecho espiritual (1 Co. 2:6; 3:1, 2).

Hay cinco posiciones frente a la doctrina de la elección. 1) La posición arminiana. Jaime Armiño fue un teólogo holandés, que asumió un semipelagianismo, negando todo tipo de elección divina en la esfera de la salvación. Afirmaba que el hombre se salva por fe, aparte de la gracia, ya que, según él, la gracia se da a todos los hombres incondicionalmente. Enseñaba que la salvación del creyente descansa en su fe personal, por tanto, puede perderse si se llega a perder la fe. 2) Posición wesleyana-arminiana. Hace una modificación de la perspectiva arminiana en cuanto a la gracia, pero mantiene la fe como base de la salvación. La perseverancia del creyente es condición para salvarse. Afirman que ningún hombre peca por su condición pecadora, sino porque no usa la gracia que es dada a cada uno. Enseñan también que si no se persevera en la fe, se pierde la salvación. 3) Posición calvinista extrema o hipercalvinista, llamado también calvinismo de cinco puntos. Entienden que la redención no es *ilimitada*, esto es *para todos*, sino *limitada*, es decir, solo para los escogidos. Establece una deducción filosófica frente a la elección, llegando a la conclusión de que, si Dios ha elegido a algunos para salvación, luego ha ordenado al resto para eterna condenación. Esta posición es rebatida por muchos pasajes bíblicos como, por ejemplo (1 Ti. 2:3, 4). 4) Posición calvinista moderada. Acepta la elección divina para salvación, pero cree en la *redención ilimitada*, por tanto, si Cristo murió por todos, Dios ha hecho posible que todo pecador que crea en Cristo, sea salvo. Cree que el hombre se salva solo por gracia mediante la fe. Cree que esa obra es en todo un don de Dios, y que se

otorga al hombre sin razón a ningún mérito suyo. Cree que los que se salvan, se salvan eternamente y que la salvación no puede perderse jamás.

5) Posición ecléctica. Es la posición de la *indefinición teológica*, por la que se toma lo más conveniente de cada sistema y se traza una vía intermedia de interpretación. Pretenden solucionar el problema de la elección para salvación enseñando que Dios escogió para ministerio, pero no para salvación. Afirman que la elección para salvación es universal y hecha en Cristo para toda la humanidad de modo que el hombre que no cree se excluye de ella voluntaria y personalmente. Asumen la seguridad de salvación para todos los que creen y afirman que el hombre se salva por gracia, pero la fe -como medio de salvación- es algo propio del hombre, generada y nacida por él mismo, y no es un don divino.

¿Cuál es la verdadera posición? Ningún sistema teológico es inerrante, sólo la Escritura lo es (2 Ti. 3:16), por tanto, sólo la Biblia tiene la verdadera posición. Ningún sistema teológico humano puede reconciliar cosas que en nuestra propia razón no se concilian y que aparentemente se contradicen. La Biblia presenta dos líneas paralelas de pensamiento y revelación: 1) El acto soberano de la elección. 2) La gracia libre y general para todos. Cuando el creyente llega a un asunto imposible de superar para el pensamiento humano, ha de orar sobre él, seguir estudiando y no olvidarse que hay cosas que entenderemos sólo cuando estemos en la presencia de Dios. El estudio de las doctrinas no debe separarnos y generar divisiones entre cristianos, sino aproximarnos al darnos cuenta de que todos tenemos una mente limitada, frente a la mente infinita de Dios. Cuando el creyente viene a la presencia de Dios para ponerse delante de Su Santa Palabra, debe hacerlo con un corazón desprovisto de *prejuicios*. Hay algunas verdades fundamentales que preparan el camino para el estudio de la elección: 1) El amor de Dios es por igual para todos los hombres (Jn. 3:16). 2) Cristo murió por todos y no sólo por algunos (2 Co. 5:14, 15; 1 Ti. 2:6). 3) Dios cargó sobre Cristo el pecado, en singular, de todos los hombres, para hacer *potencialmente* salvables a todos los mortales (Is. 53:6). 4) Dios hace una invitación general para todo pecador (Mt. 11:28; Ap. 22:17). 5) Cualquiera que crea con fe verdadera y se vuelva a Cristo, será salvo (Jn. 3:16; 5:24; Hch. 16:31; Ro. 1:16). 6) La invitación general de la gracia puede ser rechazada y es la causa de eterna perdición para el pecador rebelde (Jn. 3:36). 7) Las promesas de Dios no pueden ser quebrantadas. La elección es una doctrina bíblica que alcanza tres aspectos: 1) la elección para privilegios y servicios específicos, tal como ocurrió con Abraham (Gn. 12:1), o con Jacob, el menor entre dos hermanos (Ro. 9:10-13). 2) Elección para oficios: Dios escogió dentro del pueblo de Israel a los levitas para el ministerio sacerdotal, a Moisés para conducir y liberar al

pueblo, a reyes como David, y también Jesús escogió a los discípulos. 3) Elección de individuos para salvación, ser hechos hijos de Dios y herederos de la gloria eterna (Ro. 11:5; 1 Co. 1:26-29; 1 Ts. 1:4; 1 P. 1:2; 2 P. 1:10). Hay algunas características de la elección: 1) Es *incondicional*, ya que se produce antes de la constitución del mundo, por tanto, no obedece a ningún mérito ni demérito personal, ni es causada por acción humana alguna, puesto que el hombre no había sido creado (2 Ti. 1:9). 2) Tiene una meta definida, “*para que fuésemos santos y sin mancha*” (Ef. 1:4). En ese sentido Dios no elige porque preveía que algunos querían ser santos, sino que los escogió para que lo fuesen. Enseñar que Dios escogió porque veía en el futuro que habrían de creer, es colocar al Eterno en la posición de un mero vidente que, desde la eternidad, elegía a aquellos que por decisión propia llegarían a ser santos. El propósito está bien marcado en el acto de la elección *para salvación*. Estos son aquellos a los que Dios *conoció* (Ro. 8:29). Conocer es un acto de prefamiliaridad en el ejercicio de Su absoluta soberanía y voluntad, lo que se puede ilustrar con la relación con Israel (Am. 3:2). 3) Ocurre en un determinado tiempo: “*antes de la fundación del mundo*”, esto es, desde la eternidad. La elección confirma la inmutabilidad del plan eterno de redención. Esta enseñanza no es novedosa y elaborada o propuesta por Pablo, sino algo enseñado también por Cristo mismo, quien al referirse a los creyentes dice que “*le fueron dados*” (Jn. 6:39; 17:2, 9, 11, 24), estos son los que vienen a Él porque los trae el Padre (Jn. 6:44). Estos elegidos para salvación estaban ya en la mente de Dios desde antes de la creación, por tanto, la gloria de la salvación pertenece sólo a Dios.

A la doctrina de la elección se le han presentado objeciones que conviene aclarar: 1) La elección es hecha *en Cristo*, por tanto, tiene un alcance universal: todos los hombres son elegidos. Esta posición hace que el propósito divino de la elección: “*para que fuésemos santos y sin mancha*” quede reducido a un mero deseo y esté sujeto al arbitrio humano, haciendo fracasar el designio de Dios por los que no deseen serlo. 2) La elección anula la responsabilidad humana: A esto se responde que Dios no obliga al hombre para que crea, ni Él cree por el hombre. La responsabilidad del hombre es personal y consiste en aceptar o rechazar el don de Dios (Jn. 3:36). Todo aquel que quiera acudir a Cristo por fe, será salvo, creyendo en el evangelio (Ro. 1:16). 3) La elección quita el interés por la evangelización. Es necesario entender que Dios ha establecido el mandamiento de predicar el evangelio en todas las naciones para hacer discípulos (Mt. 28:19ss). El hombre se salva por gracia mediante la fe, creyendo al mensaje del evangelio (Ro. 10:14-15). El evangelista debe saber que todo aquel que crea será salvo. 4) La elección es una acepción de personas impropia de un Dios justo. Eso sería tal vez

así si Dios no hubiera dispuesto una oferta de salvación para todos (Mt. 11:28). Pablo responde rotundamente a esta objeción al referirse a los vasos de salvación que Dios preparó y a los vasos de ira que se prepararon a sí mismos para condenación (Ro. 9:19-21). 5) Esta doctrina contradice y no concuerda con la invitación general del evangelio. Es un argumento de la mente humana que, como mente limitada, no puede entender el pensamiento ilimitado de Dios. Está ahí expresada para aceptarla por fe, como parte de la doctrina bíblica.

Éstos a quienes Dios elige son llamados también *παρεπιδήμιος*, *expatriados*, extranjeros que viven en un lugar que no es su patria. Uniendo este adjetivo con el sustantivo siguiente *διασπορά*, que denota *dispersión*, literalmente *diáspora*, que expresa la idea de dispersión de grupos humanos que viven fuera de su lugar de origen, da el sentido espiritual de los destinatarios a quienes dirige la *Epístola*. Al usar el término *diáspora*, algunos consideran que está refiriéndose a judíos dispersos en el mundo. No cabe duda que los judíos habían sido arrojados de su tierra y vivían en la dispersión, y después de la muerte de Esteban, los cristianos de origen judío tuvieron que abandonar sus lugares de residencia y vivir en el extranjero (Hch. 8:1; 11:19; Stg. 1:1). Los cristianos en general llenan plenamente esta situación, convirtiéndose en *peregrinos*, que transitan por distintos lugares dirigiéndose a su patria celestial (v. 17). Todos los creyentes, no importa en que dispensación, dejan de *pertenecer* al mundo, para orientarse hacia un lugar permanente al que se dirigen, “*confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra*” (He. 11:13). La ciudadanía de los creyentes está en los cielos (Fil. 3:20). Para expresarlo con mayor claridad, los elegidos de Dios, viven en este mundo como *exiliados* en una forma de residencia temporal. De modo que no se refiere exclusivamente a cristianos de origen judío, sino en general a todos.

Muchos de ellos, posiblemente un número destacado, residían en los lugares que menciona: *Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia*. Pudiera considerarse en un sentido literal, en cuyo caso designaban las provincias romanas del mismo nombre. En este caso se refiere a un territorio extenso que comprende prácticamente todo lo que se llama Asia Menor. En este caso la *Epístola* se dirige también a creyentes de iglesias que habían sido fundadas por el apóstol Pablo. Luego de la salida de este apóstol hacia Europa, la zona de Asia Menor quedó, según manifestaciones históricas, como territorio en el que trabajó el apóstol Pedro, hasta su partida hacia Roma y su muerte allí. En consecuencia, debe entenderse que los destinatarios eran todos los creyentes que estaban

en el territorio de Asia Menor, confrontando dificultades por el testimonio del evangelio y siendo perseguidos por tal motivo.

2. Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas.

κατὰ πρόγνωσιν Θεοῦ Πατρὸς ἐν ἁγιασμῷ Πνεύματος εἰς
 Según presciencia de Dios Padre en santificación de Espíritu para
 ὑπακοήν καὶ ῥαντισμὸν αἵματος Ἰησοῦ Χριστοῦ, χάρις
 obediencia y rociamiento de sangre de Jesucristo, gracia
 ὑμῶν καὶ εἰρήνη πληθυνθεῖη.
 a vosotros y paz sea multiplicada.

Análisis y notas del texto griego.

Análisis: κατὰ, preposición propia de acusativo, *conforme, según*; πρόγνωσιν, caso acusativo femenino singular del nombre común *presciencia*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Dios*; Πατρὸς, caso genitivo masculino singular del nombre divino *Padre*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; ἁγιασμῷ, caso dativo masculino singular del nombre común *santificación*; Πνεύματος, caso genitivo neutro singular del nombre divino *Espíritu*; εἰς, preposición propia de acusativo *para*; ὑπακοήν, caso acusativo femenino singular del nombre común *obediencia*; καὶ, conjunción copulativa *y*; ῥαντισμὸν, caso acusativo masculino singular del nombre común *rociamiento, aspersión*; αἵματος, caso genitivo neutro singular del nombre común declinado *de sangre*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; χάρις, caso nominativo femenino singular del nombre común *gracia*; ὑμῶν, caso dativo de la segunda persona plural del pronombre personal declinado *a vosotros*; καὶ, conjunción copulativa *y*; εἰρήνη, caso nominativo femenino singular del nombre común *paz*; πληθυνθεῖη, tercera persona singular del aoristo primero de optativo del verbo *πλεθύνω, multiplicar*, aquí *sea multiplicada*.

κατὰ πρόγνωσιν Θεοῦ Πατρὸς. Tal vez el versículo deba unirse con *elegidos*, del versículo anterior, de ahí que algunas versiones sitúen el adjetivo para abrir el texto aquí, lo que daría a entender que la elección se produce por *presciencia* divina. Con todo, está al principio de la cláusula comprendiendo todo el contenido del texto, es decir, tanto la elección como situación de peregrinos y ahora la santificación y el rociamiento con la sangre de Cristo, obedece a un todo en la economía de la salvación. Todo cuanto se opera en orden a la salvación es de Dios, por tanto, las tres Personas Divinas, intervienen en la acción, ejecución y aplicación de ella. Este es, sin duda, un versículo trinitario en el que

aparece cada una de las Personas Divinas llevando a cabo la misión asumida en orden a la salvación de los que creen. La primera referencia es a Dios Padre. La elección a la que se ha hecho referencia en el versículo anterior, se produce por la *πρόγνωσιν*, *presciencia* del Padre. El término aparece solo dos veces en el Nuevo Testamento, ambas en palabras de Pedro (Hch. 2:23). Esto no es un mero conocimiento anticipado, sino que incluye, o se orienta a la elección de los creyentes. (Ro. 8:28-30). No es un *pre-conocimiento*, sino que es la expresión de un movimiento afectivo del sentimiento y una determinación divina (Ro. 11:2; Ef. 1:5). Como ocurrió con los judíos que fueron un pueblo que Dios eligió para sí, ocurre también con los cristianos en el tiempo presente. Como se ha dicho antes, la elección no excluye en modo alguno la responsabilidad humana (Jn. 3:36). Esta acción del Padre supera en todo a un conocimiento del futuro que Dios tendría sobre quienes habían de aceptar el evangelio para salvación. Algunos entienden el término y su aplicación como que Dios en Su omnisciencia viviendo en un eterno presente, miró al tiempo de la historia humana, y conociendo a los que creerían al evangelio y quienes no lo harían, eligió para salvación a los primeros, garantizando para ellos la salvación en el decurso del tiempo. Este posicionamiento hace al hombre instrumento efectivo en la salvación, que deja de ser de Dios en su plenitud para depender del criterio personal del pecador, esto le permite participar en la gloria que sólo pertenece a Dios. Sin embargo, tal pensamiento contradice abiertamente la enseñanza bíblica: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Ef. 2:8-9). Por otro lado, y no menos importante, contradice la verdad bíblica que enseña con toda precisión que el hombre caído no tiene interés en buscar a Dios y acercarse a Él “*no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios*” (Ro. 3:11). En el versículo es evidente que el término *presciencia* no puede significar simplemente el conocimiento de acontecimientos futuros, sino la determinación de parte del Padre de tener una relación con personas, como consecuencia del plan eterno de salvación. Implica un conocimiento personal antecedente al sujeto, como dice del conocimiento previo de Dios en relación con Israel: “*A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra*” (Am. 3:2). No se trata de un mero conocimiento sobre algunos o alguien, sino que Dios quería establecer una relación personal y especial con ellos.

ἐν ἁγιασμῷ Πνεύματος. La segunda operación salvadora se relaciona con la Tercera Persona, el Espíritu Santo: “*en santificación del Espíritu*”, que actúa separando a los que creen para Dios. El Espíritu es el agente de la santificación. Comienza Su acción antes de la conversión, en una operación de convicción íntima y personal (Jn. 16:7-9), al tiempo

que *abre el corazón*, para que el mensaje del evangelio pueda ser recibido con fe (Hch. 16:14). Es preciso recordar que la *palabra de la Cruz*, la verdad redentora proclamada en el evangelio de la gracia, es *locura* a quienes se están perdiendo (1 Co. 1:18). Los efectos del pecado en el hombre son una grave realidad, entre los que está la llamada *depravación*, que es la positiva disposición y activa inclinación al mal que hay en todos a consecuencia del pecado que lo incapacita totalmente en orden a la salvación y lo orienta al mal (Gn. 6:5; Mr. 7:20-23; Ro. 3:9-18). Las consecuencias del pecado en el ser humano le conducen a la total incapacidad en materia de salvación, quedando en imposibilidad de cambiar por sí mismo su condición personal que le permita amar a Dios y obedecerle. En ese sentido, el hombre no regenerado no puede ni quiere hacer un solo acto que alcance el nivel moral prescrito por Dios. Pero, como se dice antes, esta incapacidad se manifiesta en relación con el mensaje de salvación, para quienes es *locura*. Estos que se pierden arrastran ese estado desde su nacimiento al estar sin Cristo (Ef. 2:12), por lo que son herederos de la ira de Dios (Ef. 2:3). Su condenación final es segura (Jn. 3:18). Para ellos en su mente y corazón extraviados, la Cruz es algo fuera de toda lógica, que no puede encajar en el modo de pensar del hombre natural. Por otro lado, el hombre no regenerado "*no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios*" (1 Co. 2:14), esto es, las verdades espirituales, expresadas con palabras espirituales, claras y comprensivas. No percibir las equivale a no recibir las, o lo que es igual, a rechazarlas. El hecho de que el mensaje de salvación sea *necedad*, evidencia su incapacidad, porque proceden de una sabiduría contraria a la suya. Sin otra ayuda, el hombre natural no comprende ni acepta los planes de Dios. No se trata sólo de un estado de rebeldía, sino de incapacidad.

Añadamos a esto el hecho de que los no creyentes están cegados por una operación satánica, que ha puesto un velo sobre sus ojos del entendimiento, impidiéndoles para captar el contenido del evangelio. El propósito de Satanás es precisamente este, que no les alcance el mensaje iluminador del evangelio. El momento de la salvación se produce cuando les "*resplandece la luz del evangelio*". Por tanto, es necesaria una operación en el interior del corazón que ilumina las tinieblas en que se encuentra. Esta había sido la experiencia del apóstol Pablo, a quien Cristo como Salvador no le fue revelado externa, sino internamente (Gá. 1:16).

Hay una situación complementaria a todo esto, que es la muerte espiritual del pecador (Ef. 2:1). El concepto bíblico de muerte, no es el de término, sino el de separación. La muerte física es la separación de la parte material y la espiritual del hombre (Ecl. 12:7; Stg. 2:26). La muerte espiritual es la separación del pecador y Dios a causa del pecado. Es la

falta de vida eterna a consecuencia de no estar en Cristo (Jn. 14:6). Quien está alejado de Dios, fuente de vida, es un muerto espiritual. Este estado ocurre como consecuencia del pecado (Gn. 3:24). Esto es común a todo hombre (Ro. 3:22, 23).

Los elementos necesarios para salvación son: Convicción personal de pecado; fe en el Salvador; regeneración espiritual. Ninguno de ellos procede del esfuerzo humano, ya que la salvación es enteramente por gracia (Ef. 2:8-9). La Biblia enseña que estas operaciones son obra del Espíritu Santo. La convicción de pecado es necesaria para ser salvo (Jn. 16:7-8). Nadie se salva por *saberse* pecador, sino por *sentirse* perdido. La obra de convicción del Espíritu Santo *convence*, que indica impartir comprensión hacia una determinada condición. Eso puede vincularse con la iluminación, es decir, el Espíritu arroja luz sobre algo. La iluminación no es dada para despertar pesar o remordimiento por el pecado, sino que dirige la atención a Cristo, revelando la grandeza de Su obra salvadora. Además, *convence de pecado*, en singular y no de *pecados* en plural, esto es, de un solo pecado que ocasiona la eterna condenación para quien oye el mensaje del evangelio y rehúsa creer en Jesucristo como el único Salvador (Jn. 3:36; 16:9). Es la manifestación íntima al perdido de un pecado que quebranta un mandato divino (Hch. 17:30). El evangelio proclama que Dios hizo una obra completa, dejando al individuo la responsabilidad de creer, al iluminar sobre el carácter y alcance del pecado de los que, como dijo Jesús, “*no creen en Mí*” (Jn.16:9). Convince también de *justicia*, indiscutiblemente de la única justicia, la de Dios, que anula todo esfuerzo humano en orden a la salvación. La justicia que salva es un don de Dios (Ro. 5:17). Por la justicia provista por Dios, el pecador que cree es acepto delante de Él (Ef. 1:6). La justificación demanda rendirse a Dios, abandonando toda confianza en sí mismo. Este proceso de acción del Espíritu Santo, conduce, necesariamente a la *santificación*, en cuya operación el pecador es apartado para Dios, salvado y justificado. El Espíritu genera también la fe en el corazón del perdido para que, depositándola en el Salvador, reciba el perdón de pecados y la vida eterna, teniendo con ello una nueva relación con Dios, imposible antes (Ro. 5:1). Como la salvación es un proceso que comienza con la justificación, sigue con la santificación y culmina en la glorificación, el Espíritu Santo mantiene la acción santificadora apartando a los creyentes para Dios y convirtiéndolos en Sus hijos, miembros de Su familia y ciudadanos del cielo. Por la regeneración el Espíritu dota al creyente de un *corazón nuevo*, apartando de él la influencia del antiguo corazón que corrompido por el pecado es continuamente el mal.

εἰς ὑπακοήν καὶ ῥαντισμὸν αἵματος Ἰησοῦ Χριστοῦ. Todavía persiste en la primera parte εἰς ὑπακοήν, *para obediencia*, la obra del Espíritu Santo, conduciendo al pecador a la obediencia a Dios. De otro modo, actúa en el perdido capacitándole para que pueda responder al llamamiento del Padre. Esta operación –como ya se ha considerado– comienza antes de la conversión. No solo abre el corazón y convence de pecado, sino que regenera al que ha creído (Jn. 3:36), que cambia la condición de desobediente, propia del hombre a causa del pecado, trasladándolo a una esfera de obediencia. Es necesario entender claramente que la invitación a salvación, el llamamiento del Padre, no se expresa como un ruego de Dios –Él no ruega ni pide, ordena– sino que lo establece como mandamiento: “*Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hch. 17:30). Sin embargo, la obediencia no es posible en la dimensión requerida de entrega absoluta al Salvador, por la acción propia del hombre, que siendo desobediente por condición natural no puede obedecer en ese requerimiento. Para hacerlo posible el Espíritu Santo conduce al pecador a la obediencia para responder con fe al llamamiento del Padre y recibir vida eterna por posicionamiento en el Hijo.

Es necesario apreciar que el apóstol Pedro no dice –como algunas versiones traducen– *para obedecer*, sino *para obediencia*. No usa aquí un verbo, sino un sustantivo. El verbo marca siempre acciones puntuales, sea en el pasado lo que está hecho, en el presente aquello que se está haciendo, o en el futuro cuanto se hará. El sustantivo establece una esfera de actuación, de modo que el Espíritu, por la regeneración traslada al perdido que era desobediente porque vivía en la esfera de la desobediencia, a una nueva situación de obediencia, en la que esta viene a ser el modo natural de desarrollo de vida en relación con Dios.

A quien *obedece* al llamamiento divino, le es aplicada la obra que la Segunda Persona Divina, Dios el Hijo, ha hecho en Su operación redentora en la Cruz. La obra de Jesucristo, el único Salvador, le es aplicada al creyente al ser καὶ ῥαντισμὸν αἵματος Ἰησοῦ Χριστοῦ, *rociados con la sangre de Jesucristo*. Esto trae como consecuencia la purificación del pecado del creyente por aplicación de la obra redentora del Salvador. Por esa razón ya no hay condenación posible para los salvos (He. 6:4-6). La responsabilidad penal del pecado se extingue en Cristo y por Él, de manera que puede decir con seguridad que “*ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*” (Ro. 8:1). A estos la sangre de Jesucristo los limpia de todo pecado, no solo de los anteriores a la fe, sino de los presentes y de los futuros. El trono de ira, a causa del

pecado, se convierte para ellos en un trono de gracia al que puede acceder para encontrar el socorro oportuno para cada momento y situación.

La acción divina capacita a los santificados separándolos, por el Espíritu, para Dios permanentemente, ocupándose de una vida santa en el poder del Espíritu después de su conversión. Por esa razón existe ya una diferencia notable en la forma de vida, “*y esto erais algunos*”, en el pasado la perversión y el pecado era el modo de vida de los que ahora “*ya habéis sido santificados*” (1 Co. 6:11). La separación del pecado que permite la santificación es ya un estado definitivo de posición en Cristo (1 Co. 1:30). Los santificados son separados para Dios como un pueblo santo (2:9). La ocupación de los tales ya no es el pecado, sino la santidad de vida (Fil. 3:12).

χάρις ὑμῶν καὶ εἰρήνη πληθυνθείη. La salutación a los destinatarios, propia también de la forma epistolar de entonces, es hecha como un deseo personal de bendición que hace descansar en la gracia y en la paz, procedentes ambas de Dios. De esta manera el tema general de la *Epístola* se hace notar desde el momento del inicio. Las dos palabras *gracia* y *paz* están plenamente vinculadas con “*el evangelio de la paz*” (Ef. 6:15); también se dice que Cristo “*es nuestra paz*” (Ef. 2:14). Ambas están vinculadas; la gracia es el modo de salvación (Ef. 2:8-9), en donde Jesús mediante Su obra “*hizo la paz*” (Ef. 2:15), anunciando las “*buenas nuevas de paz*” para todos (Ef. 2:17).

La gracia es uno de los dos elementos manifestantes del amor divino, que se expresa bien en misericordia, como al *amor en extensión*, es decir, el amor que ama permanentemente y que lo hace para otorgar favores propios del *ágape divino* al compadecerse del sufrimiento humano. Esa es la razón por la que los ciegos de nacimiento clamaban a Jesús diciendo: “*Ten misericordia de nosotros, Hijo de David*” (Mt. 9:27). Ese amor expresado en misericordia se extiende para amar en todo tiempo, de ahí que, en medio de la destrucción de Jerusalén a causa del pecado del pueblo, por medio de los babilonios, el profeta diga: “*Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron tus misericordias. Nuevas son cada mañana*” (Lam. 3:22-23). La gracia es un aspecto más amplio y radical que el de la misericordia. Es el amor que desciende hasta la condición del miserable, de ahí, que cuando se habla de gracia haya un acompañamiento de descenso, como ocurre con la gracia de Jesucristo que se hace pobre siendo rico (2 Co. 8:9). La gracia es el amor que *obliga* a Dios a descender al encuentro del hombre en Cristo Jesús. Nada mejor usado que el verbo *obligar* para referirse a la expresión de la gracia. Dios se obligó a Sí mismo para venir

al encuentro del pecador en el Plan de Salvación, producido en la voluntad de Dios antes de la creación (2 Ti. 1:9). Dios ama por razón de vida, ya que una de las perfecciones de la vida de Dios, en el aspecto de la naturaleza divina, es el amor (1 Jn. 4:8). Dios, por tanto, no es amor porque ama, sino que ama porque es amor. Para expresarlo en forma absoluta, a Dios le va la vida si dejase de amar. Su propia naturaleza le condiciona al amor. Sobre todo, en esta *Epístola* la gracia alcanza la importancia plena como *causa y razón* de la salvación del hombre (Ef. 2:8-9). Sólo es posible la salvación por la gracia. La fe es el medio instrumental para alcanzarla, pero de ningún modo, ni razón ni causa de ella. La gracia que salva al hombre lo hace para todo el proceso de la salvación. Es por gracia que Dios justifica al hombre (Tit. 3:7). De esa manera cuando el pecado abundó *sobreabundó* la gracia (Ro. 5:20), por cuya gracia Dios envía a Su Hijo para salvar al pecador. Pero, la salvación en la esfera de la santificación, sólo es posible por gracia. La gracia de Dios provee de lo necesario para que el cristiano pueda vivir una vida en santidad y llevar a cabo el servicio que Dios le ha establecido (1 Co. 15:10). De la misma manera la culminación plena de la salvación consistente en la glorificación del salvo, será una operación de la gracia (v. 13). La gracia es la fuente de la bendición para el cristiano, por eso Santiago dice que aún en las situaciones más difíciles como pueden ser las pruebas “*Dios da mayor gracia*” (Stg. 4:6).

Junto con el deseo de la administración de la gracia para cada creyente, está también el deseo de la paz, como bendición procedente de Dios, del Dios de paz (Fil. 4:9). La gracia es la causa y razón suprema de todo bien, de la que también mana la paz para el disfrute y experiencia de la vida cristiana. De otro modo: la gracia es la fuente y la paz el resultado de los dones y bendiciones que manan de ella.

Como escribe el Dr. Hendriksen:

*“Esta paz es la sonrisa de Dios que se refleja en el corazón de los redimidos, la seguridad de la reconciliación mediante la sangre de Cristo, y la auténtica integridad y prosperidad espiritual. Es la gran bendición que Cristo otorga a la iglesia mediante su sacrificio expiatorio (Jn. 14:27), y que sobrepasa a todo entendimiento (Fil. 4:7)”*¹⁵.

La paz fue el admirable regalo que Jesús dejó a los Suyos y, por extensión, a todos los salvos, durante la última cena (Jn. 14:27). La paz

¹⁵ G. Hendriksen. *Efesios* Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1984, pág. 75.

allí adquiere dos sentidos: 1) El de *relación*, en el cual Jesús asegura que ha dejado *hecha* la paz con Dios; aquel estado de enemistad propio del pecado, quedó cancelado en la obra de reconciliación. 2) El de *experiencia*, ya que el Señor llama a vivir *Su propia paz*, la que como hombre experimentaba en medio del conflicto de la última noche. La paz de Dios inunda el corazón del salvo mediante la acción del Espíritu que la produce en él (Gá. 5:22; Fil. 4:7). De ahí que se demande solemnemente que cada cristiano se aplique a la conservación de la unidad corporativa en Cristo “*en el vínculo de la paz*” (Ef. 4:3). La salvación, por medio de la regeneración, convierte a los creyentes en *pacificadores*, que los hace bienaventurados y les permite manifestar la condición de hijos de Dios: “*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mt. 5:9). En el mundo podrán encontrarse los que excepcionalmente son personas pacíficas. Esto es, los que huyen de los conflictos, los que nunca entablarían un pleito con nadie, los enemigos de las guerras y de las disputas. Este es el concepto que la sociedad suele tener de lo que es ser un *pacificador*. Sin embargo, el pacificador es aquel que *vive la paz* y, por tanto, la busca insistentemente. Es el que procura y promueve la paz. Paz en el concepto bíblico tiene que ver con una correcta relación con Dios. El que ha sido justificado por medio de la fe, está en plena armonía con Dios y siente la realidad de una paz perfecta que sustituye a la relación de enemistad anterior a causa del pecado (Ro. 5:1). El Señor vino al mundo con el propósito de *matar las enemistades* y anunciar las *buenas nuevas de paz* (Ef. 2:16-17). La demanda para el creyente en una vida de vinculación con Jesús, no puede ser otra que Su mismo sentir (Fil. 2:5). Por tanto, la paz es una consecuencia y una experiencia de la unión vital con Cristo. La identificación con Él convierte al creyente en algo más que un pacífico, lo hace un *pacificador*. Esto es la forma natural de quien vive la vida que procede del Dios de paz (1 Co. 14:33). El desarrollo visible de su testimonio discurre por una senda de paz, por cuanto sus pies han sido calzados con el apresto del evangelio de paz (Ef. 6:15). La santificación se desarrolla en una vida de paz, por cuanto es una operación del Dios de paz (1 Ts. 5:23). No se trata de aspectos religiosos o de teología intelectual, sino de una experiencia vivencial y cotidiana, que se expresa en muchas formas y hace visible en ellas esa realidad. El pacificador manifiesta esa condición porque anhela la paz con todos los hombres. Hace todo cuanto le sea posible por estar en paz con todos (Ro. 12:18); siente la profunda necesidad de *seguir la paz* (He. 12:14). El *pacificador* anhela predicar a todos el Evangelio de la paz (Ef. 6:15); siente que Dios le ha encomendado anunciar toda la paz que Él hizo en la Cruz, y procura llevarlo a cabo (2 Co. 5:20). Modela su vida conforme al Príncipe de paz que busca a los perdidos (Lc. 19:10); y restaura al que ha caído

ensuciando parcialmente su vida espiritual (Jn. 13:12). Eso los hace “bienaventurados” porque solo ellos pueden ser “llamados hijos de Dios”. Un título de honor superior a cualquier otro. Dios reconoce a todo el que cree en el Hijo, como hijo Suo (Jn. 1:12). Pero, a éstos a quienes Dios reconoce como Sus hijos, el mundo debe *conocerlos*, por su conducta pacificadora que expresa la participación en la divina naturaleza, como hijos del Dios de paz (2 P. 1:4). Quienes los observan deben descubrir en ellos el carácter del Dios de paz (1 Jn. 4:17b). Éstos, que experimentan en ellos la nueva vida de que fueron dotados en la regeneración, buscan y viven lo que Dios hizo en ellos, esto es, la verdadera paz. Son creyentes que tal vez hablan poco de paz, pero viven esa experiencia. No son conflictivos, buscando agradarse a ellos mismos, sino que son capaces de renunciar a sus derechos con tal de mantener la paz. No transigen con el pecado, pero buscan al que ha caído para restaurarlo a la comunión con el Príncipe de paz. La paz de Dios se ha hecho vida en ellos, gozándose en esa admirable experiencia. No hay dificultad ni problema que logre inquietarlos en su vida cristiana, por tanto, al no estar ellos inquietos, no son medio para inquietar a otros, sino todo lo contrario. El que ha experimentado la realidad de la paz de Dios en su vida es un *pacificador*. Si no procura la paz y la sigue, debe preguntarse si ha tenido alguna experiencia personal con el Dios de paz. La diferencia entre un cristiano normal y un pacificador es que el primero suele hablar de Dios y Su obra de paz, el segundo vive al Dios de paz de tal modo que no necesita palabras para hablar de ella, expresándola a todos con su estilo de vida.

El apóstol desea que esas bendiciones no estén limitadas, sino que sean *multiplicadas*. El tiempo aoristo en el verbo, junto con el optativo, expresan primero la procedencia de la bendición, Dios es el agente implícito de ella, en segundo lugar, el optativo infiere un deseo personal. Quería que tuviesen las bendiciones de la gracia, para toda experiencia de sus vidas, incluyendo como es lógico los momentos de tribulación y las persecuciones donde la manifestación de la gracia resulta necesaria. Pero al mismo tiempo deseaba que pudiesen experimentar la paz en la máxima dimensión posible.

Con este versículo concluye la parte de presentación e introducción de la *Epístola*, entrando seguidamente en la primera división, en la que el apóstol habla de la gracia en la salvación y las consecuencias que dimanen de la misma.